

## EN LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LAS GRACIAS DE TORCROMA

16 DE AGOSTO DE 2018

“Faltó el vino y la madre de Jesús le dijo: No les queda vino”. Este detalle de María hubiera sido intrascendente si no hubiera tenido la repercusión y el desenlace que el evangelista nos ha relatado.

La Palabra de Dios ocupa un lugar de primer orden en nuestra Liturgia cristiana católica. Cada vez que celebramos la Santa Misa se nos sirve en abundancia la Mesa de la Palabra antes de llegar a la Mesa eucarística. Los textos previstos para esta solemnidad nos han presentado el protagonismo de dos mujeres: la reina Ester en el Antiguo Testamento y María, la elegida, en los albores de la Nueva Alianza.

La primera lectura nos relata la intercesión de esta intrépida mujer en favor de su pueblo. Ester sintió como propio el sufrimiento de su pueblo y asume con decisión la defensa de sus paisanos. Su intervención logra detener los planes perversos que el rey Amán, quien había tramado exterminar a los judíos. Dice Ester ¿Cómo podré ver la desgracia que se echa sobre mi pueblo? ¿Cómo podré ver la destrucción de mi familia? Con su súplica logra librar al pueblo de los planes perversos de aquel rey. Aquel fue un día luminoso y alegre para los judíos, gozoso y triunfal.

En el santo Evangelio es María quien interviene en favor de unos esposos que están a punto de pasar un mal momento. ¡No les queda vino! Cual mujer detallista, María decide intervenir en favor de aquellos noveles esposos. La boda de Caná es una acción que anuncia la llegada, por mediación del Hijo, del Reino de Dios: la conversión maravillosa del agua en vino y la abundancia y la calidad de éste, es símbolo de los bienes mesiánicos esperados. Es el inicio de la hora de Jesús que tendrá su cumplimiento definitivo en la entrega de su propia vida en la cruz, por la salvación del mundo y es a la vez el momento en el que a María, Dios le revela plenamente su vocación de mujer y madre.

Como en aquella fiesta de Caná, también María sigue diciéndole hoy a su hijo: “no les queda vino”. Pero ¿de qué vino se trata? Les falta el vino de la fe, de presencia de Dios en muchas vidas. Les falta el vino de la esperanza, del amor. En muchos hay indiferencia y olvido de Dios. Y el olvido de Dios deshumaniza.

En lo transcurrido de este año ha sido común escuchar noticias tristes de la región del Catatumbo: paros, enfrentamientos, amenazas, desplazamientos, masacres. No podemos ser indiferentes y pensar que eso a mí no me toca. Lo que acontece en las montañas del Catatumbo impacta en Ocaña y sus alrededores. La celebración de nuestra fiesta patronal diocesana debe ser una oportunidad para reflexionar y hacer propósitos que nos lleven a aportar en la implantación de una paz duradera, la que brota de un corazón convertido a Dios, al Evangelio.

María llega hasta Jesús para decirle nuevamente: les falta el vino del respeto por la persona, por su honra, por sus bienes. La falta del vino del respeto los ha llevado a

muchos atropellos en su dignidad, manifestadas en las injusticias, el homicidio, el desplazamiento, la extorsión, la prostitución, el robo.

Les falta el vino de la valoración de la familia según el designio de Dios y esa es la razón por la que abundan las uniones libres, las separaciones exprés. Les falta el vino del diálogo, la paciencia, el perdón y por esta razón abunda en muchos hogares la violencia intrafamiliar.

Y continúa María: Les falta el vino de la solidaridad y la equidad. Muchos hermanos carecen de lo indispensable para vivir dignamente. Les falta empleo, vivienda, salud y con todo ello viene la violencia. Les falta el vino de la honestidad y ronda como cáncer la corrupción en muchos niveles.

Y porque nos falta el vino en muchos sectores, en esta fiesta de la vida, también a nosotros María nos dice hoy con insistencia y ternura de madre: hagan lo que Él les diga. ¿Y qué es lo que nos dice Jesús? ¿Qué nos pide a quienes estamos hoy reunidos en torno al altar y a quienes nos escuchan o nos ven a través de los medios? ¿Qué es lo que debemos hacer?

Vuelvan a Dios. Que las familias luchen por salvaguardar la unidad, por encontrar caminos de diálogo, de reconciliación, de respeto mutuo, de tolerancia, de fidelidad. Sean verdaderas escuelas de amor, de comunión y de servicio. No abandonen nunca la oración, pues sigue siendo válido aquello de: familia que reza unida, permanece unida. Hacer lo que el Señor nos dice implica aceptar el matrimonio como verdadero y propio sacramento y que sea entre un varón y una mujer, como lo previó el Padre Creador.

Hagan lo que él les diga. Él dice a las mujeres: sean siempre generosas, no renuncien a su alta dignidad, luchen por causas nobles. Ya lo indicaba el Papa Francisco en su memorable visita a nuestro país el año inmediatamente anterior: “de los labios de la mujer hemos aprendido la fe. Sin las mujeres, la Iglesia del Continente perdería la fuerza de renacer continuamente. Son las mujeres quienes, con meticulosa paciencia encienden y reencienden la llama de la fe”<sup>1</sup>. Y continúa el Papa: “Si queremos una nueva y vivaz etapa de la fe en este continente, y yo diría hoy en nuestra Diócesis, no la vamos a obtener sin las mujeres. Por favor, no pueden ser reducidas a siervas de nuestro recalcitrante clericalismo. Ellas son protagonistas en la Iglesia latinoamericana en su salir con Jesús, en su perseverar, incluso en el sufrimiento de su Pueblo, en su aferrarse a la esperanza que vence a la muerte, en su alegre modo de anunciar al mundo que Cristo está vivo y ha resucitado”<sup>2</sup>.

Hagan lo que él les diga. A los hombres, abandonen ya el machismo, el irrespeto por las mujeres. Asuman sus responsabilidades con mucho tesón. Él dice a los jóvenes: comprendo sus deseos de cambiar y transformar el mundo, sus ansias de felicidad, pero no se dejen llevar por los espejismos, por los atractivos de este mundo consumista. También el Papa animaba a los jóvenes diciéndoles: “Por favor mantengan

<sup>1</sup> Papa Francisco, Visita apostólica a Colombia, encuentro con el comité directivo del Celam, Bogotá, 7 de septiembre de 2017.

<sup>2</sup> Ibid

viva la alegría, es signo del corazón joven y si ustedes mantienen viva esa alegría con Jesús, nadie se las puede quitar, nadie. Pero por las dudas, les aconsejo: No se la dejen robar, cuiden la alegría que unifica todo, atrévanse a soñar a lo grande, no tengan vuelos rastreados, vuelen alto y sueñen grande<sup>3</sup>. Yo añado, amen la vida, no empuñen armas para destruir a los hermanos, no se autodestruyan con la plaga de la droga, del alcohol, del sexo desordenado. Sean limpios y transparentes, auténticos y libres, sí pero con la libertad de los hijos de Dios.

Hagan lo que Él les diga. Él nos dice a nosotros ministros y consagrados: asuman con seriedad, serenidad y radicalidad el Evangelio. Procuren ser coherentes con la vocación y misión que han recibido, limpios de corazón y dedicados a anunciar la Palabra de Dios y a santificar con los sacramentos. Tengan oídos abiertos a los clamores del pueblo que sufre, salgan a las periferias para llevar una palabra de aliento, de vida a tantos que se sienten cansados y agobiados. Vayan a quienes necesitan experimentar la misericordia del Señor. Sean pastores según mi corazón, sin pretensiones humanas ni búsqueda de puestos, de dinero, de honores.

También nos recordaba el Papa a los ministros y consagrados en la mencionada visita: “sean hombres y mujeres reconciliados para reconciliar. Haber sido llamados no nos da un certificado de buena conducta e impecabilidad, no estamos revestidos de una aureola de santidad. Ay del religioso, el consagrado, el cura la monja que vive con cara de estampita”. Y añadía: Si permanecemos en él, su alegría estará con nosotros, no seremos discípulos amargados<sup>4</sup>.

A los seminaristas María viene a decirles, hagan lo que Él les diga: tomen en serio mi propuesta de seguimiento, esto es, estén dispuestos a negarse a sí mismos y tomar la cruz. Tengan rectitud de intención en su proyecto vocacional, para que alcanzado el ideal, busquen sólo la gloria de Dios y la salvación de los hermanos. El pueblo de Dios espera que lleguen a ser santos sacerdotes o si no son llamados al ministerio, que lleguen a ser laicos serios y comprometidos, fieles a la Iglesia.

Hagan lo que Él les diga. Dice también a los gobernantes y dirigentes de nuestros pueblos: acepten, como lo ha dicho el Papa Francisco, que la política es un alta forma de caridad cuando es vivida como verdadera búsqueda del bien común y no para buscar beneficios personales. Administren con transparencia los recursos que son de las comunidades y procuren destinarlos a satisfacer las necesidades básicas de la población, no se dejen tentar por el cáncer de la corrupción que tanto daño ha hecho a este país y a nuestra región.

Hagan lo que Él les diga. El Señor dice a los que buscan cambios sociales a través de las armas, que ese no es el camino correcto. Con seguridad que muchos de ustedes provienen de familias humildes, honradas y trabajadoras, además han sido bautizados. No olviden que toda vida es sagrada y la violencia engendra más violencia.

<sup>3</sup> Ibid. Saludo al Pueblo colombiano, balcón del palacio cardenalicio, Bogotá, 7 de septiembre de 2017

<sup>4</sup> Ibid. Encuentro con Sacerdotes, religiosos, consagrados y sus familias, Medellín, 9 de septiembre de 2017

Se ha derramado mucha sangre inocente, son muchas las lágrimas que han corrido por los rostros de muchas madres. Muchos pueblos de este bello Catatumbo están marcados por el miedo, el atraso, la soledad. Lo advertía también el Papa: “todos somos necesarios para crear y formar la sociedad. Esto no se hace sólo con algunos de “pura sangre”, sino con todos y aquí radica la grandeza y la belleza de un país, en el que todos tienen cabida y todos son importantes”<sup>5</sup>.

A todos, creyentes de otras denominaciones y personas de buena voluntad, nos dice María: hagan lo que Él les diga, esto es: trabajen por un proyecto común donde prime la solidaridad, la justicia, la paz.

Hoy nos reunimos en torno a la madre, y los buenos hijos quieren en su día, hacer sentir bien a la mamá. Éste debe ser un día para atrevernos a soñar que será posible otra Ocaña, un nuevo Catatumbo, con sus sanas costumbres, con familias cimentadas en el amor y temor de Dios, con los valores del respeto, la verdad, la transparencia. Con jóvenes con ideales altos, con niños que miran con esperanza el futuro. Con adultos que asumen con seriedad sus responsabilidades. Creámoslo, añorémoslo, implantémoslo, construyámoslo. Desde lo profundo de nuestro corazón podemos decir: ¡basta ya! de tantas muertes, de tanta sangre derramada, de tantas lágrimas, de tantos desaciertos. Es suficiente. Tenemos simplemente derecho a la paz. Estemos seguros de que Dios no se ha olvidado de nosotros, somos tal vez nosotros quienes lo hemos olvidado.

La Eucaristía es la Mesa en la que actualizamos el misterio redentor de Cristo, el banquete en el que Cristo nos invita a vivir la unidad, el amor, la reconciliación, la paz. Virgen y Madre de Torcoroma, ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión, del servicio, de la fe comprometida, de la justicia y el amor a los más necesitados, de ir a las periferias. En fin hoy, aceptando que nos falta el vino, nos ponemos en manos de María para decirle, ¡Oh Virgen de Torcoroma, amparad al pecador!, y que aquí todos estamos dispuestos a hacer lo que Él nos diga. Amén.

---

<sup>5</sup> Papa Francisco, visita a Colombia, encuentro con las autoridades, el cuerpo diplomático y representantes de la sociedad civil, Bogotá, 7 septiembre 2017.